

LA MODA.

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA, TEATROS, COSTUMBRES Y MODAS.

Este periódico se publica todos los Domingos. En el número 1.º de cada mes se reparten cuatro láminas, representando, unas, las últimas modas de París, otras, Patrones para bordados, cortes de vestidos, etc., ó bien lindos dibujos de tapicería ó de Crochét. Precio de la suscripción 9 reales al mes, lo mismo en Cádiz que en los demás puntos de la península.

SUMARIO. = *Circo de Mr. Price é hijo, por D. Francisco Flores Arenas.* = *El estanque del Diablo.* = *El caballero Jolyotte, por D. Amadeo Achard.* = *Correspondencia.* = *Geoglífico.*

Con el proximo numero se repar- tiran, en vez de uno, dos patrones dobles de dibujos y bordados.

CIRCO DE MR. PRICE E HIJO.

Hace ya bastantes dias que llegó á esta, con el objeto de dar funciones, una compañía ecuestre y acrobática bajo la direccion de los Sres. Price, y que procedia del Circo de Madrid. No habiéndole en Cádiz, y siendo forzo- so por tanto construirlo, pasó aquella al Puer- to de Santa María por via de interinidad, y en su plaza de toros presentó algunos espectá- culos; pero como ya se comprende, una pla- za de toros no es nada á propósito para ellos, así por la distancia á que han de situarse mu- chos de los espectadores, como porque no siendo posible egecutar funciones de noche, pierden estas la brillantez y la ilusion que les presta la luz artificial, elemento importantí- simo del resultado.

Además, era necesario principiarlas á una hora temprana de la tarde, aun apretaba el calor, y aquí en España nadie de buena vo- luntad suda el quilo ni altera el órden de su comida sino cuando se trata de ver toros. Es- ta es una escepcion única de la regla general. Ver caballos, y no ver sus intestinos por el suelo, ver *artistas*, y no verlos poner bande- rillas ni arrojarlos á un volapié en lo rubio, no nos parecen cosas que exijan el sacrificio de nuestra comodidad.

SETIEMBRE.

Así y todo, los brillantes encomios que á los Sres. Price y su compañía se tributaron, y mas todavia que eso, la reputacion de que ve- nian precedidos ya de Madrid y ya de París, hicieron que en Cádiz se desease con una es- pecie de ánsia la terminacion del ya comen- zado Circo, y que por interés hácia él la plaza de las Las barquillas de Lope, que en estos dias ha logrado una popularidad que ella no hubiera podido sospechar nunca, haya sido todas las tardes centro del concurso de curiosos ó de desocupados que andan á caza de cualquier cosa que sucede, aunque esta cosa sea clavar estacas ó aserrar tablones.

Ya se comprende sin embargo, que aun tra- tándose de la construccion de un Circo en el que todo es provisional, empezando por la co- modidad de los concurrentes, por muy de pri- sa que se quiera ir siempre se necesita tiempo; demora que como es muy natural habian de irritar la impaciencia de Mr. Price, puesto que sin disminuir sus gastos le privaba de los me- dios de hacer frente á ellos.

Además, el tiempo apremiaba en otros con- ceptos. El teatro Principal, á la sazón cerra- do, como aun lo está, podria fácilmente abrir sus puertas de un momento á otro, y vista la clase de público que ha acudido en su gran ma- yoría al Circo durante las pasadas noches, fuera de temer que á tener abierto su tea- tro, ya que no le prefiriesen le igualasen en sus favores hácia el recién venido; lo cual era no leve perjuicio. Por otra parte, las no- ches, hoy apacibles aun y serenas, quizá no lo sean dentro de algunos dias, y la situacion del nuevo Circo, bien así como las condiciones con que ha sido construido, son poco á propó- sito para arrostrar los vendabales tales co- mo allí soplan. No todos tienen ni pueden pa- gar un carruage; Las Barquillas de Lope es- tán casi tan lejos como las de los carabineros de la Caleta; el Principal se halla en el cen- tro de la poblacion; el abono está hecho y pa-

gado, y no viene á nada el que á uno le cuesten su dinero dos espectáculos á la vez para no disfrutar mas que de uno.

Estas últimas reflexiones, tan poderosas por lo menos como la no leve del vendabal, habrían bastado, aun á falta de otras ya apuntadas, para que el Sr. Price desplegara una maravillosa actividad, segun lo ha hecho, á fin de aprovechar las buenas circunstancias que le ofrecian la estacion y la falta de rivalidad con otras diversiones.

Por tanto, y merced á sus esfuerzos, pudo el anterior domingo verificarse la primera funcion, no obstante que faltaban al Circo para darse por concluido algunos perfiles, y que al otro dia por la mañana aun se trabajaba en él. Amaneció pues el esperado domingo, y amanecieron en las esquinas los cartelones que anunciaban la esperada funcion. Desde mucho antes de la hora prefijada las puertas y las ventanillas de los botiquines estaban obstruidas por el gentío ante ellas apiñado. A duras penas entraban los que podian, que eran mas de los que cabian; llenáronse todos los palcos, ocupáronse todas las sillas, estrecháronse en todas las preferencias, encombráronse todas las gradas comunes, y aun sobró mucha gente que, á falta de asientos, se desbordó por los pasadizos formando una compacta masa pedestre. Hasta hubo alguno que consultando solo el doble interés de su impaciencia y de su bolsillo, trepó con una intrepidez y una agilidad dignas de mejor causa por los piés derechos exteriores, y penetró por debajo de la estremidad del toldo como quien cae del techo: ejemplo de audacia y de ingenio que quisieron imitar perfeccionándolo los muchachos del barrio, á cuyo efecto socavaron á fuerza de uñas como los tejones el terreno sobre que apoyaban las tablas, de modo que quedara un hueco practicable por donde colarse; pero no habiendo podido por el momento realizar del todo su objeto, y temiendo además ser sorprendidos, cubrieron con piedras el agujero, reservándose el llevar á cabo su obra protegidos por la oscuridad de la noche inmediata.

Sin embargo, la fortuna que no siempre ayuda á los mejores intentos, nególes su favor por esta vez; y descubierto que fué el trabajo de zapa se imposibilitó su continuacion, dejando frustradas muchas esperanzas legítimamente concebidas.

Hemos dicho que el Circo era provisional, y que lo era hasta en la comodidad de los espectadores, porque en efecto no habria sido posible otra cosa á menos de haber de imponder en su construccion una suma harto mayor de la que racionalmente se podia aventurar.

Todo esto hemos tenido en cuenta, como parece que tambien lo ha tenido el público, para no pedir muchas gollerías.

Que la compañía ha parecido muy bien lo prueban las entradas que lleva hasta ahora, todas abundantísimas, habiendo, segun noticias, escedido con mucho la primera de dos mil personas. Una sola noche se ha dejado de dar funcion, y se nos asegura que Mr. Price tiene elementos sobrados para variar durante mucho tiempo sus espectáculos; cosa que no dudamos, visto lo numeroso del personal con que cuenta.

Nosotros no hemos concurrido á todas las funciones, y por lo tanto no nos es fácil establecer aun un juicio propio y exacto acerca del mérito de los artistas. Sin embargo, por lo que vimos y por lo que hemos oido, podemos asegurar que la compañía es muy digna del favor con que se la ha acogido en Cádiz, y que ha ganado muy lealmente los aplausos de que se la colma. El jóven Price no debe temer la comparacion con cuanto aquí hemos visto en su género, que ha sido mucho y muy superior. Los hermanos clowns sobresalen en sus juegos icários, en sus equilibrios y en sus egercicios de la cuerda volante. El tierno niño Mariani es ya una preciosísima cosa en sus cinco años, y solo puede concebirse lo que hace calculando que habrá pasado desde la cuna á la silla del caballo. Mahomet Ben Hadzi egecuta horrores con una impasibilidad admirable. Y llamámoslos horrores, porque en efecto sus dobles saltos y volteos egecutados con dos afilados puñales sobre su garganta hacen estremecer á quien los mira. Es admirable el caballo Abdallah, y las cuatro señoritas trabajan con tanta gracia como intrepidez. En suma, la compañía presenta una de las mejores condiciones que estas pueden ofrecer, y es la igualdad en el trabajo. Si tal cual vez hemos visto aquí tal cual artista del propio género que haya valido tanto ó mas que alguno de los actuales, el público ha tenido el buen juicio de no tomarlo en cuenta; porque no es razon para dejar de aplaudir lo bueno el haber visto otra cosa tan buena ó mejor que aquella.

De otros egercicios, que aunque ya egecutados, no hemos tenido ocasion de ver, nos iremos ocupando sucesivamente, porque hay tela cortada.

El Circo, pues, está en favor; está completamente de moda, es una reunion de buen tono, y esto le augura la continuacion de su actual buena fortuna.

Felicitemos por ello á los Sres. Price.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

EL ESTANQUE DEL DIABLO.

(CONCLUSION.)

Esta mano era la de Mr. Holder.... Elena cierra sus ojos no por ver su mirada feroz; sus fuerzas la abandonaron; creyó que iba á morir y cayó de rodillas sobre el húmedo suelo, juntando las manos como para pedir perdon.

—La llave del pabellon! dijo Mr. Holder con una voz imperiosa.

—Qué quereis hacer? balbuceó Elena casi muerta de dolor.

—Ya lo vereis.

—Oh! por piedad!

Mr. Holder cojió las dos manos de la jóven y las juntó sobre el pecho.

—La llave os digo!....

—Aquí está.

—Bien, dijo Mr. Holder; ahora seguidme.

—Yo!

—Ah! ¿no es una noche de amor la que vamos á pasar allí?

—Dios mio!

—Seguidme.

—Tened piedad, señor! ved que yo fallezco.

—Una carcajada respondió á esta súplica, y Mr. Holder arrastró resueltamente á la jóven.

El pabellon tan perfectamente cerrado y que habia sido el objeto de tantas investigaciones por parte de los labradores de las cercanías, estaba en efecto habitado.

Vivia hacia algunos meses en él un jóven. Habia encontrado á Elena varias veces en los salones de Dinan y la habia amado.

Este jóven no tenia mas que á su madre en el mundo; no se habia separado nunca de su lado: ella velaba sobre su hijo con la mas tierna solicitud; pero ¿qué puede hacer la ternura de una madre contra el amor de una querida? El jóven lo habia olvidado todo en un dia, y desapareció.

Apenas tenia veinticinco años; era hermoso, alto, bien formado, robusto y fuerte: su cara, de una palidez mate, estaba coronada por una espesa cabellera negra; una extrema dulzura bañaba su mirada; se hubiera dicho que era un niño todavía.

¿Qué pasó durante esta noche terrible despues del encuentro de Mr. Holder y de Elena? Esto es lo que es imposible determinar. Lo que se sabia muy bien en el pais, era que durante algunos dias no se vió salir á Mr. Holder ni á Elena, y que dos semanas despues todo parecia haber sido olvidado. Mr. Holder continuaba yendo á la caza, y Elena, aunque

mas triste y mas pálida, recordaba insensiblemente su vida anterior.

Algunos años despues Mr. Holder dejó el pais, y no se ha oido hablar mas de él, ni de Elena tampoco.

Dejaron, en fin, de ocuparse de ellos.

Entre tanto las reparaciones mandadas ejecutar por Mr. Cárlos Dumas, seguian con actividad. Estaba la propiedad desconocida. La pradera presentaba ahora, á un golpe de vista, un tapiz de terciopelo verde. Los árboles se habian podado; todo habia cambiado extraordinariamente.

Una cosa sin embargo quedaba que hacer.

Mr. Dumas habia establecido á corta distancia del *Estanque del Diablo* una pequeña alquería, donde se encontraban encerrados gran número de vacas, cabras, palomos, gallinas, etc. Los pastos estaban bastante lejos de este sitio, y por otra parte se aspiraban del estanque en ciertas épocas del año miasmas que hacian mal á los animales.

Mr. Dumas resolvió hacerlo secar, y como en su casa un proyecto era seguido de la ejecucion, á la mañana siguiente se puso por obra.

Los preparativos se retardaron sin embargo algunos dias; era preciso atender al desagüe y variar el curso de las dos fuentes que alimentaban el estanque; era indispensable consultar á algun inteligente, para que la operacion no durara sino el menor tiempo posible.

Mr. Dumas era infatigable y presidia él mismo todos los trabajos.

Una mañana, apenas eran las ocho, acababa de llegar á la alquería, cuando un criado salió de la casa para anunciarle que un extranjero deseaba hablarle.

—Y quién es ese extranjero? preguntó Mr. Dumas.

—Lo ignoro.

—Le habeis preguntado su nombre?

—Me ha dicho nombrarse Mr. Holder.

Mr. Dumas tembló. No habia nunca conocido á Mr. Holder; no habia ninguna razon para temer la presencia de ese hombre, y sin embargo, habiendo oido pronunciar su nombre no pudo librarse de cierto sentimiento de repulsion. Toda vez que Mr. Holder le esperaba, dió algunas órdenes con precipitacion y se encaminó á su encuentro.

—Espero, señor, que me escusareis, dijo Mr. Holder cuando vió á Mr. Dumas, de haber cometido la indiscrecion de venir á interrumpiros en medio de los grandes trabajos que habeis emprendido.

—Sed bien venido, respondió Mr. Dumas inclinándose.

Mr. Holder tenia sesenta años en esta épo-

ca, pero habia cambiado poco; era siempre el mismo hombre, robusto, figura aristocrática, elegante, enérgico y fuerte.

—En verdad, repuso poco despues, que es admirable el ver cómo habeis transformado esta propiedad.

—Yo he encontrado aquí todos los elementos necesarios para hacer una quinta agradable.

—Lo habeis cambiado todo.

—Para ponerlo todo en orden.

Mr. Holder se sonrió tristemente.

—Bien desarreglado quedó todo, dijo despues; bastante habeis tenido que hacer.

—La perspectiva que presentaba no me arredró nada.

—Ya lo veo; mi marcha fué bastante precipitada; despues he sido tan desgraciado!....

Así hablando iban el uno al lado del otro.

Al oir estas últimas palabras Mr. Dumas se detuvo.

—¿Ha estado enferma Mme. Holder? preguntó con interés.

—Ha muerto!... respondió el anciano.

Hubo un corto silencio, y siguieron su paseo.

—Muerte bien desgraciada!.... agregó Mr. Holder. Elena era de una naturaleza impresionable; yo la creia feliz y no lo era: murió hace algunos meses, en medio de los mas atroces padecimientos.... Se envenenó.

—Un suicidio!

—Un suicidio que me dejó solo en el mundo cuando yo tenia mas necesidad de una compañera amada. Ah! señor, Dios os conserve la vuestra, y á vos que me pareceis feliz....

Mr. Dumas se sentia afectado de aquel dolor que parecia tan sincero. Tendió la mano á Mr. Holder y se la apretó sin proferir una palabra.

—La muerte de Elena, repuso el anciano despues de un nuevo silencio, me ha afectado cruelmente; cuando me ví así solo, sin amigos, sin familia, un pensamiento me ocurrió.... he querido volver á ver los sitios donde he sido tan feliz al lado de ella: he tomado el camino de la Bretaña, y desde mi llegada mi primera visita ha sido para el *Sableu*.

En este momento llegaban no lejos del *Estanque del Diablo*, pasando cerca de la pequeña puerta practicable en el muro. Mr. Holder se puso pálido involuntariamente y echó una mirada al pabellon.

—Creo, dijo entonces, que estais decidido á desaguar el estanque.

—Antes de tres semanas ya estará hecha una pradera; no encontrais que es buena idea?

—No sé.

—Una pradera en medio de este ramillete de árboles, será de un gran efecto.

—El estanque es preferible.... y despues es útil para los animales mismos.... En vuestro lugar lo dejaria tal cual está.

—Bah! á mí me gusta el cambio. Yo haré un estanque de la pradera si me parece útil.

—¿Y empezais pronto el trabajo del desagüe?

—Mañana por la mañana.

Mr. Holder guardó silencio; bajó la cabeza y pareció reflexionar. Cuando levantó la frente, estaba pálido y muy inquieto.

—Mr. Dumas, dijo de repente; ¿quereis permitirme que os haga una proposicion?

—Podeis hacerla.

—Os encontrais feliz en el *Sableu*?

—Todo esto me ocupa como veis; y despues el aire es sano: cuento vivir aquí hasta mis últimos dias.

—Entonces no querreis deshaceros de esta propiedad.

—No lo permita Dios.

—Y si os ofrecen un buen precio?

—Aunque me ofrezcan el doble de lo que me ha costado.

—No hablemos mas.

Mr. Holder no insistió, y aunque parecia vivamente contrariado en sus proyectos no volvió á decir palabra. Siguieron juntos dando algunas vueltas en el parque. Mr. Holder se despidió de Mr. Dumas, subiéndose en su coche que lo esperaba delante de la puerta de hierro de la entrada.

Una hora despues estaba en Dinan, y la misma noche tomó la posta para París.

Despues no se le ha visto jamás.

En cuanto á Mr. Dumas, aunque en los primeros momentos de esta visita le inspiró una sorpresa mezclada de desconfianza, las esplicaciones de Mr. Holder le hicieron volver muy pronto á mejores sentimientos.

A la mañana siguiente se puso á dirigir los trabajos con nuevo ardor, y tres dias despues el Estanque del Diablo estaba completamente seco.

Al momento que el suelo húmedo y fangoso empezaba á descubrirse bajo el agua que se derramaba lenta y negra, se apercibió en medio del estanque la forma de un esqueleto.

El esqueleto perfectamente conservado estaba tendido, sujeto á una estaca clavada en el fango.

Este descubrimiento, como se puede muy bien comprender, produjo una emocion singular en el pais. Los comentarios se estendieron rápidamente hasta Dinan, y la justicia creyó deber tomar parte en el asunto.

Se examinó el esqueleto, y la ciencia médica declaró, despues de la inspeccion minuciosa del cráneo, que el crimen se habria perpetrado de unos diez años á aquella parte, y que la víctima tendria apenas veinticinco.

El funesto drama se declaró, y Mr. Dumas se explicaba muy bien entonces el objeto de la visita que le habia hecho recientemente Mr. Holder.

Se hicieron diligencias para la persecucion de este último, que la voz pública designaba como el culpable. Mr. Holder habia tomado sus precauciones y no se pudo nunca saber de él.

L. I.

EL CABALLERO JOLYOTTE.

(CONTINUACION.)

El caballero dió algunos pasos; mil preguntas acudían á su boca, y no sabia cual de ellas dirigir á Estéban á quien miraba á veces de reojo.

—Podrias convidar á ese amigo á venir aquí, le dijo.

—Ha muerto, respondió Estéban.

La conversacion se cortó en este punto; pero al otro dia el caballero marchó á la ciudad próxima, diciendo que no volveria sino muy tarde por la noche. A la misma hora el viejo profesor de lenguas estaba sentado delante de su mesa abandonada; Estéban pensó que no se habia engañado.

Poco tiempo despues una mañana que el tio y el sobrino se paseaban por un prado, el caballero sacó de su bolsillo una carta que enseñó á Estéban diciéndole:

—Es de tu hermosa prima.

La correspondencia de la baronesa seguia adelante; escribia casi todos los dias, y no disimulaba sus sentimientos acerca de la duquesita.

Sin embargo, su cólera se habia apaciguado un poco, y no dudaba que aquella locura de casamiento era hija de alguna pena de amor.

Estéban se sonrió y reconoció en la insinuacion la mano hábil de Aglae.

El caballero miraba con ironía á su sobrino, se veia que no estaba léjos de creer lo que decia la viuda.

—Una pena de amor me hizo á mí marchar á las Antillas, dijo, pero la Martinica es menos temible que la iglesia... Entre nosotros, tu heroína me parece que razona como un fi-

nanciero... será tan humilde y modesta como quieras, pero eso no impide que haya elegido un buen mozo que tiene veinte mil francos de renta anual.

Estéban se puso encarnado.

—La baronesa no sabe lo que se dice, exclamó; he ofrecido mi mano á Luisa, y ella no la quiere, porque no es mujer para entrar en una familia contra la voluntad de los parientes, y está segura de que no consentireis en ese matrimonio. Con esto me despidió, y por eso estoy aquí.

—¿Y por qué se figura que yo negaré mi consentimiento?

—Porque en París os tienen por un hombre duro, seco y avaro... quereis saber la verdad y os la digo.

El caballero no respondió pero fué murmurando hácia el castillo:

—¡Necia!... ¡tontuela!... ¡ya verás como merezco mi reputacion!... vete al diablo.

Aquella misma noche salió con direccion á París en compañía de Estéban.

El caballero fué á vivir con su sobrino, pero al punto marchó de visita á casa de la baronesa, vestido de gala, es decir, á la moda de hace quince años: estaba soberbio.

Estéban que queria hablar con Aglae, tuvo la idea maliciosa de acompañarle.

Al primer campanillazo y cuando la puerta se abrió, un suspiro se escapó de los lábios del caballero: al hacer su entrada en el salon temblaba un poco: pero en cambio la baronesa estaba firme.

Estéban la miró; nada en ella manifestó emocion alguna; tendió la mano con igual gracia al tio y al sobrino, y preguntó á este si seguia en sus trece.

—Nadie es dueño de su destino, respondió Estéban, que cogido de improviso no tuvo tiempo para calcular su contestacion.

La casualidad quiso que respondiera á un pensamiento íntimo de la baronesa.

—Soy tan buena, repuso esta sonriendo, que casi os perdonaria si ese amor tuviera otra causa; pensad en vuestra familia.

Estéban pensó que queria casarse; pero guardando para sí esta reflexion, dejó al caballero con la baronesa y se fué con Aglae á un cuarto contiguo.

Aglae dejó corriendo sus bordados, y tomó la mano de Estéban con una efusion que manifestaba cuán entrañable era su cariño.

Además tenia muchas cosas que decirle. Habia calmado en parte la cólera de la baronesa con reflexiones que habian dado otro curso á sus pensamientos.

Igual procedimiento habia empleado para

poner en evidencia la persona y el nombre de Andrés de Sorgues; pero aquí los medios de contemporización que recomendaba no fueron admitidos tan fácilmente. En fin, había esperanzas si Andrés se sometía al plan que ella tenía.

No esperaba menos sumisión por parte de Estéban; pero en esta campaña diplomática creía hallarse en posición de poder obrar más eficazmente que sus dos aliados.

Aglæ no explicaba los medios que ponía en obra; usaba muchas reticencias y quería que adivinaran.

Lo que la joven quería sobre todo era un consentimiento á lo que decía. Si en el interés común adelantaba alguna cosa perteneciente á cierto orden de ideas, no quería ser desmentida por ningún motivo.

La sorpresa que Estéban experimentó en la primera conversación que con ella tuvo se repitió por segunda vez; aquella seguridad mezclada de abandono le dejaba atónito y encantado al mismo tiempo. No se cansaba de escuchar á su prima, y la llamaba riendo su querido consejero. Aglae tomó su aguja.

—Me tomáis por un fenómeno y no es así, dijo con una sonrisa argentina. El milagro proviene de que en vez de vivir como un pajarillo que canta alegre en la enramada, he vivido en el silencio como un pobre mochuelo.

Cuando Estéban se reunió con el caballero Jolyotte, conoció en su aire que su entrevista con la baronesa no había tenido el mismo resultado que la suya con Aglae.

La satisfacción no era igual por ambas partes.

Una vez fuera de la casa, el caballero pegó con su bastón en el suelo fuertemente.

—¡Ah! exclamó; ¡igual cabello, igual lenguaje.

Esta sola exclamación dijo más á Estéban sobre el efecto producido por la baronesa, que habría podido decirle un largo discurso.

El caballero seguía dando bastonazos; un espejo que había en la calle le detuvo.

—¿Los años no marchan pues para todo el mundo? exclamó con asombro.

Y volviéndose á Estéban continuó:

—Ignoro lo que has hecho, pero en el tono con que habla de tí la baronesa, hay algo que nada bueno me indica... Son perfidias que conozco. En cuanto á la novia tampoco es de su gusto.

—¿Qué le hace? dijo Estéban.

—Hace mucho, exclamó el caballero.

Y entabló una larga disertación sobre lo que llamaba él los derechos de la baronesa.

Era esta de la familia, y persona cuya opi-

nión por el rango que ocupaba en el mundo, tenía un peso considerable; en todas las cosas de importancia siempre se había contado con ella. El bien ó el mal que podría decir del matrimonio de su primo le abriría ó le cerraría las puertas de las mejores casas. Por su gran crédito podría alcanzarlo ó perderlo todo.

Durante este flujo de palabras Estéban miraba al caballero, y vio traslucir las señales de una influencia que no creía ya tan poderosa. Era como el eco de un sonido que se haría oír al cabo de diez años de silencio.

Aquel magnetismo singular cuyos efectos había podido descubrir en muchas ocasiones, obraba de nuevo y solo por la fuerza del contacto y de la vista. El caballero encerrado en su castillo solitario apenas había salido de él y sufría su hechizo. Era un peligro contra el cual había que estar en guardia.

En esto pensaba Estéban y el caballero seguía discurriendo, cuando de repente se paró exclamando:

—¿Me has dicho que tu novia vive en la calle Plumet?

—Sí, núm. 43.

—Voy corriendo.

Y estrechándole la mano se fué hacia la casa señalada.

A la hora en que debía llamar á la puerta, Estéban sabía que no hallaría al viejo profesor, pues por la mañana corrió á ver á Luisa y á decirle que habían llegado. Así en el caso poco probable en que el caballero la fué á visitar, no la cogería desprevenida.

Tranquilo en cuanto á esto trató de ver á Aglae aquel día para darle parte de su conversación con el caballero y suplicarla que pusiera en juego todos sus recursos para reconciliarle con la baronesa. El consentimiento de el caballero dependía quizá de esta reconciliación.

Aglæ le escuchó contando los puntos de su bordado.

—Difícil es, respondió, pero en fin trataré de lograrlo. Eso sí, no os metáis en nada.

Estéban prometió cruzarse de brazos.

VII.

El caballero Jolyotte se presentó en casa de la joven como un hombre que busca un profesor de dibujo para su hija. Dijo que venía de una provincia y que quería examinar las cosas por sus propios ojos antes de decidirse.

Dejó pues su bastón y su sombrero, y pidió que le enseñaran dibujos. Luisa le trajo una cartera.

No era la primera vez que la joven recibía

tales visitas, pero una cosa que no podía explicarse hacia latir su corazón.

Sin embargo, la duquesita recobró ánimo, y con la gracia reservada y la silenciosa dignidad que le eran características, presentó algunos dibujos al caballero. Este los tomó, los dió mil vueltas, manifestó su aprobacion y trató de hacerla hablar, á lo cual ella se prestó muy fácilmente aunque eludiendo con arte todas las preguntas que le eran relativas. Por esta parte se cerró á todas las insinuaciones.

Aquella mezcla de solidez, de reserva y de finura encantó al caballero, que no pudo menos de comparar á Luisa con Aglae.

Sin embargo, la persistencia de su interlocutor en proseguir la conversacion despertó las sospechas de Luisa; no era natural que un forastero que buscaba una maestra de dibujo hablara tanto y tanto. Le observó mejor y creyó reconocer en sus preguntas un deseo de penetrar en su vida íntima; esto la dejó cortada; no dudó ya quién era el personaje que tenia delante, pensó que su destino se iba á decidir en aquel momento, y un ligero temblor corrió por sus venas, mientras su rostro se ponía pálido.

Era aquel el hombre de que su padre la habia hablado tan á menudo, el mismo que sabiendo que estaban en la miseria no le habia abierto los brazos, el hombre en fin que esperaban todos los sábados hacia mas de doce años, y cuya ausencia repetida siempre llenaba la casa de tristeza y de luto!

¿Qué habria hecho su padre si por casualidad hubiera entrado entonces? ¿Qué golpe para él!... Por instantes tenia como un deseo loco de correr hácia el caballero, de tomarle por las manos y de decirle:

—¡Soy yo!... ¡aquella Luisa que tanto mimábais!... ¿no la reconocéis?...

Pero en vano buscaba en el fondo de su memoria algunos de los rasgos del amigo que habia perdido; no encontraba nada y no se atrevia á dar rienda suelta á su arrebato. ¿Qué habria sido de ella si la hubiera rechazado el caballero...?

Este se levantó en el momento en que la turbacion de Luisa se veia muy clara en mil indicios y se despidió de ella. Se llevaba la mejor impresion de su primera entrevista, y la pidió permiso para volver próximamente á arreglar el asunto de las lecciones.

—Cuando gustéis, contestó la jóven con acento trémulo.

Y salió. Luisa le miraba por entre las cortinas cuando atravesaba el jardin.

Aun se hallaba en el mismo puesto á la

hora en que entraba su padre con el rostro trastornado.

—¡Le he visto, está aquí! exclamó el anciano.

Luisa se puso pálida como la cera.

—¿De quién habláis?

—Del caballero Joliotte, que está en París y no ha venido á verme.

M. Durand cayó muy abatido en un sillón.

Luisa se convenció de que el desconocido que habia hablado con ella era el caballero. No pudo articular una palabra delante de su padre, temiendo que si hablaba se le escaparia el secreto de aquella visita. ¿Qué motivo dar á su presencia si no venia para estrechar en sus brazos á su antiguo amigo?

—¿Qué te parece? repuso M. Durand levantándose con presteza; el caballero está en París á veinte pasos de la casa, y nada en su corazón le ha gritado que estábamos cerca de él!... Bien le he reconocido; andaba á paso menudo y dando en el suelo con el baston segun su costumbre... tiene el cabello cano... al verle me quedé helado y tuve que apoyarme en la pared para no caerme... Pasaba á cuatro pasos de mí... Le habria gritado. "¡Soy yo!... ¡tu viejo Gervasio!..." y le habria abrazado; pero en tanto que me enjugaba los ojos, él prosiguió su camino y desapareció... mis pobres piernas no tenian fuerzas para correr detrás de él... ¿No has recibido ninguna carta?

Luisa contestó con una señal negativa.

—Es muy singular, continuó M. Durand, ¡ni carta, ni visita!... Y á la verdad, ¿por qué se ha de acordar de nosotros?... ¿No nos olvidó completamente en Nantes?... Así, ¡su vista me hace daño!

M. Durand iba y venia por el aposento con mucha agitacion; todo su pasado volvia á su memoria con la violencia de un rio que rompe sus diques. Hablaba sin cesar á Luisa que en vano trataba de calmarle.

La llegada de Estéban puso un término á esta escitacion, que martirizaba á Luisa porque no queria abandonarse tambien á ella. Los recuerdos del padre eran igualmente amargos para la hija. Veia mas hondo que nunca el abismo que la separaba de Estéban, y en tanto que su padre miraba al pasado, ella miraba al porvenir.

Menos acostumbrado que ella al infortunio, Estéban se hallaba mas dispuesto á la esperanza. Lo que la jóven le contó con disimulo sobre la vista del caballero le confirmó en esta idea.

Era ya mucho haberle traído á París. Todas las aprensiones de Luisa le parecian otras tantas quimeras y se prometia casarse con

ella el mismo día que Andrés se casara con Aglae.

Y toda esta alegría y esta seguridad provenían del efecto producido por Luisa en el caballero, que había vuelto á casa de Estéban, muy contento de la visita y celebrando las buenas prendas de Luisa. ¡Cosa singular! Había notado en la fisonomía de la joven alguna cosa que no se explicaba y que le recordaba una persona que seguramente había conocido en otro tiempo, y cuyo nombre le era imposible decir. Estéban pensó en la madre de Luisa cuyo retrato, por una feliz casualidad, no había distinguido el caballero.

Llevando á Luisa junto á una ventana en tanto que M. Durand permanecía absorto en sus recuerdos, la comunicó el motivo en que fundaba su esperanza. La primera impresion era excelente, la segunda seria mejor aun. Se tomaria por asalto el corazón del caballero, como se toma una ciudad dentro de la cual hay amigos.

Dos ó tres días despues Estéban se quedó atónito con el recibimiento que le hizo la baronesa. Le tomó la mano y llevándole hácia sí le dijo:

—Os perdono, mi querido Estéban; pero debiais haberme pedido consejo.

Estéban se acordó de las recomendaciones de Aglae y nada respondió.

(Se continuará.)

CORRESPONDENCIA.

Sr. Don J. V.: *Toledo*.—Queda variada la direccion. El día 22 se le ha duplicado el cuaderno de este mes.

Sra. D^a R. A. de C.: *Horcajo de Santiago*.—Se le han duplicado los dos ejemplares del día 5.

Sr. Don A. L.: *Barcarota*.—Se han recibido los sellos para renovar su suscripcion por el cuarto trimestre. Nada nuevo hay despues de los moldes publicados en el patron núm. 4, que se le remitió el día 20: en el momento que varíe la moda cuidaremos de complacer á V.

Sra. D^a D. T. de A.: *Sevilla*.—Suscrita hasta fin de Diciembre.

Sr. Don J. D.: *Puerto de Santa María*.—Id.

Sr. Don D. P.: *Rota*.—Id.

Sr. Don M. B.: *Sevilla*.—Se recibieron los sellos.

Sra. D^a C. J.: *Chiclana*.—Queda V. suscrita por 3 meses desde 1^o del actual.

Sra. D^a D. S. P. de Q.: *Burgos*.—En el patron del mes de Noviembre será V. complacida.

Sra. D^a I. U. y U.: *Calahorra*.—Suscrita hasta fin de Noviembre. Los números publicados se le remitieron por el correo del 21. En el patron de este mes encontrará el nombre pedido. A su tiempo se le duplicó el figurin de Agosto. Cuando guste puede remitir los sellos.

Sr. Don T. B.: *Cádiz*.—En uno de los próximos patrones de crochet encontrará lo que desea.

Los Sres. suscritores cuyo abono termina en 30 del presente que no quieran sufrir retraso en el recibo de sus numeros, deberan renovar su suscripcion por medio de los comisionados respectivos o remitiendo sellos de franqueo o libranzas de tesoreria.

Solucion del geroglífico anterior.

*El mundo comedia es,
y los que ciñen laureles
hacen primeros papeles,
y á veces el entremés.*

EDITOR RESPONSABLE:

DON LÁZARO ESTRUCH Y FERNANDEZ.

CADIZ: 1858.—Imprenta de la Revista Médica á cargo de D. Juan Bautista de Gaona, plaza de la Constitucion, núm. 11.

